

estos huesos hechos a las penas / y a las cavilaciones estas sienes: / pena que vas, cavilación que vienes / como el mar de la playa a las arenas”.

Es la última generación la que sin duda habrá de ofrecernos su faena más incitante, por lo personal y contradictoria, surgida de una España tensificada y palpitante, lapidada y heroica. El destino del ser y de la patria atropellada, un dolor expresado en diversos tonos, con la imagen siempre transida de anhelos y nostalgia, de condenación y réplica, bañan, iluminan o ensombrecen esta poesía altamente humana. Son muchos los nombres, personalísimos, lo que indica la riqueza, hondura y vigor de la herencia poética: José Luis Cano, Gabriel Celaya, Victoriano Crémer, Dionisio Ridruejo, José García Nieto; José María Valverde, José Luis Hidalgo, Vicente Gaos, Rafael Morales, Rafael Montecinos, José Suárez Carreño, Blas de Otero, José Hierro, Eugenio de Nora, Carlos Bousoño, Leopoldo de Luis, Manuel Alcántara, Ramón de Garcíasol, Ricardo Molina, etc. Escuchemos a Blas de Otero (1916) en su poema “Crecida”: “Con la sangre hasta la cintura, algunas veces / con la sangre hasta el borde de la boca / voy / avanzando / lentamente, con la sangre hasta el borde de los labios / algunas veces, / voy / avanzando sobre este viejo suelo, sobre / la tierra hundida en sangre, / voy / avanzando lentamente, hundiendo los brazos / en sangre, / algunas / veces tragando sangre, / voy sobre Europa . . .”. Y este “Salmo”: “Salva al hombre, Señor, en esta hora / horrorosa, de trágico destino; / no sabe a dónde va, de dónde vino / tanto dolor, que en sauce roto llora”. ¿Y quién podría, con afán hedonístico, negar o condenar la esencial belleza nacida de la materia castigada, en este poema de Carlos Bousoño (1923)?: “Amor limado contra tanta losa / como contra una piedra una navaja. / Amor que día a día así trabaja. / Campo de soledad. Cielo de fosa. / Pretendemos hacer a España hermosa / cual trabajar en nuestra propia caja / de muerte. España que en la luz se cuaja / como un sepulcro funeral. Reposa”.

El texto que nos ocupa merece los honores de la difusión más amplia pues está escrito con espíritu responsable, con sapiencia bien administrada y con un don de selección que habla del ensayista ejercitado en nivel nada común. Con esta obra que supera todo cuanto el autor ha escrito en el género, nos acerca a la intimidad permanente de España, a su espíritu insumiso, antinómico y montaraz, grande en su misticismo y su bravura, signos de su inmortalidad, y que los chilenos, sus herederos a nuestro modo, sorprendemos con frecuencia en nuestra condición frente a la vida, así como en la obra realizada.

L. Y.

<https://doi.org/10.29393/At402-120SDLY10120>

Sólo dejen mi palabra, de ALEJANDRO ISLA ARAYA.
Santiago, 1962.

Cuando se abre ante nuestros ojos un libro como éste en que cada estrofa, verso o palabra pugna por entregarnos una porción o el todo del hombre enfrentado a su tiniebla y a su pequeñez, empezamos por cavilar sobre su realidad íntima y hasta llegamos a dudar de su sinceridad poética. Es fácil, a veces,

asumir una actitud anímica y someter a ella cierta pirotecnia verbal controlada, grata a los más y pródiga en complacencias mundanas. En cada esquina aguardan al poeta fácil y ocasional, el laurel y la rosa, las sonajas y el párrafo laudatorio del mundo adicto. Por lo demás, se ha escrito tanto y se ha cuajado tanta sangre en este medio siglo guerrero y de humanidad suicida, de fatalidad atómica y de distorsión moral. Sobre esta marea empieza a despertar el autor, firmante ya de dos cuadernos de poesía en los cuales su condición de habitante condenado e inconforme constituye el plasma esencial y opresivo de su verso. Todo cuanto entiende o percibe el ser de este tiempo es gris o tenebroso, desorbitado o abismal en su más directa presencia: sentimiento, juicio, conciencia, naturaleza física. El autor ve cerrados los caminos; aún más, los ha extinguido, si acaso existieron. Su verso anhela y desespera por expresar el ansia limpia del árbol que levanta su tallo rico en gemas y siente que el aire y las distancias empiezan a oxidar su frescura y su impulso. Todo esto se hace conciencia y la planta joven mimetiza sus hojas y su espíritu; ahí empieza el drama físico y secreto de la definición del acoso, de la impotencia de la razón, del anhelo liberador, destructor de lo ignorado, de lo presentido. Estamos, pues, ante una existencia que se destruye a sí misma en el impulso primario del hombre hacia la luz subyacente y quizás definitiva. Repasando este libro, no creemos en influencias válidas de la poesía sentencial, ascética y personal de Unamuno o Antonio Machado, ni en reflejos del subjetivismo desolado, herido, tormentoso, de atisbo social, de la última promoción poética española. Ni en la sugestión existencialista patentada en Francia. Creo, sí, en una actitud natural del hombre que desde muchacho ha debido golpear en la veta más dura de su destino humano. Creo que el autor de *Sólo dejen mi palabra* es el ente que un día ya lejano escuchó el desafío burlón de la jauría en lugar de la palmada protectora sobre la espalda. Adivinó el peligro y luchó para no perecer. Ganó la filosofía sin sonrisas, la firmeza y la conciencia de la soledad. Ha sufrido la conquista de la libertad, donde la alegría y la desesperanza tienen un resplandor desconocido.

Esta condición integral del hombre se vierte en las páginas de este cuaderno vestido con digna humildad. La razón alimenta esta poesía con una luz limpia y desnuda, calcinada en desiertos de evidencias sin término. Esta suerte de contrapunto subyacente promueve un clima de indudable imposición lírica. Leemos: "Iba caminando. / Me sonrió una canción, / invitándome / a bailar con el murmullo. / Desconcertado / creí que era otro. / Supongo que soy. / Bailamos un adiós extraño / entre malezas odiosas". La razón, fría y escueta, se lleva por la brida a la imagen y el ritmo se endurece y encabrita o desaparece en el espacio mental, dominador y agresivo. He aquí un estado de conciencia entre luces sumergidas, que entrega el sentido cabal de esta poesía opresora: "Seguiré / esperando el amanecer / aunque llueva. / Ya mis dados / no podrán / dar lo que espero. / El disco sueña. / El murmullo de la esperanza / no aparece / en el vaso de cerveza".

El poeta ha vuelto su personal castigo sobre la imagen y ha logrado purificarla.

L. Y.